

Los hijos de Herodes: Una infancia truncada por el régimen comunista rumano



[Niños huérfanos rumanos hacinados en un orfanato estatal (1989).
Fotografía de Isabel Ellsen/Corbis]



Rubén Vasile Ungureanu

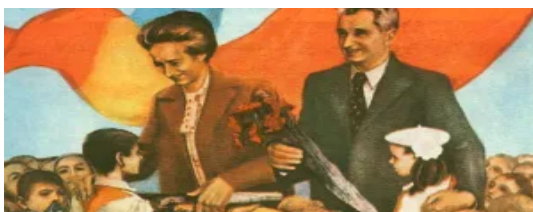
Herodes fue rey de judea. En el Nuevo Testamento protagoniza la matanza de los Inocentes, un episodio bíblico que narra su venganza por haber sido engañado sobre el lugar del nacimiento de Jesús —a quién deseaba matar por miedo a perder su regio poder—. Enfurecido, ordenó matar a todos los niños menores de dos años de la ciudad de Belén. La iglesia recuerda anualmente aquel 28 de diciembre como el Día de los Santos Inocentes.



[La matanza de los Santos Inocentes, de Pedro Pablo Rubens (1611)]

El omnipotente dictador rumano, Nicolae Ceaușescu, jamás habría pensado que su tiranía terminaría el 25 de diciembre de 1989 junto a su vida y a la de su mujer tras un proceso sumarísimo que condenarían a la muerte a ambos. Casi un centenar de soldados los fusilaron al unísono aquel día —fue el único líder comunista asesinado durante el desmembramiento de la Unión Soviética durante el Otoño de las Naciones—.

En los setenta, Ceaușescu endeudó al país tras comprar maquinaria industrial occidental. Su plan económico fracasó, las importaciones cesaron y las fronteras fueron selladas hasta liquidar la deuda estatal. La economía rumana colapsó durante los ochenta y hubo que resignarse a vivir de lo que uno producía. La deuda llegaría a ser saneada poco antes de la revolución que daría muerte al exdictador.



[La pareja Ceaușescu rodeada de niños que le rinden culto a su personalidad en un cartel de propaganda del Estado.]

Entre los crímenes más atroces de los que se le culpa al PCR (Partido Comunista Rumano) durante la tiranía de Ceaușescu se encuentran aquellos relacionados a su política de natalidad. Tras su ascenso al poder, Ceaușescu se percató de que la población

nacional decrecía. Para remediarlo, estableció una política, el decreto 770, que prohibía el aborto, el uso de anticonceptivos y que obligaba a las mujeres menores de cuarenta años con menos de cinco hijos a tributar impuestos especiales —muchas veces cifras desorbitadas—. Aquella austeridad económica ligada a la política de natalidad indujo a muchas familias a abandonar a sus hijos en orfanatos nacionales —pensaban que ahí por lo menos no se morirían de hambre—.



[Ceaușescu alzando un niño en sus brazos en otro cartel de propaganda estatal. El niño pasó a ser uno de los ejes centrales de la política interior comunista rumana.]

En un primer momento, Ceaușescu vio en aquellos huérfanos una gran oportunidad para crear militantes afines al partido fáciles de manipular al no contar con respaldo familiar —otro ejemplo es el colegio de San Ildefonso durante el franquismo en España—. Actuaron pensando que el poder quedaría intacto y reservado para el autócrata rumano y su camarilla burócrata.

No hubo suficientes recursos para mantenerlos. En 1989 la tragedia saldría a la luz tras el cierre hermético de la nación: habían más de 700 orfanatos nacionales abarrotados con 100.000 huérfanos en 1989. 20000 niños habían muerto anteriormente descuidados por desnutrición y falta de higiene. Por su parte, los que habían sobrevivido se encontraban en un estado deplorable y

la mayoría presentaba serios problemas mentales. Fue una matanza indiscriminada.



[Niños huérfanos en el Hospital Stefan Nicolau en Bucarest (1990). Fotografía de Mike Abrahams/Alamy]

Ser madre y mujer en la Rumanía de Ceaușescu

M. Staicu Cotofana es una rumana nacionalizada española. Vivió el nacimiento y el desmantelamiento de la República Socialista Rumana. Llegó a España con 48 años hace ya más de veinte años. Recuerda haber comenzado a trabajar con 14 años: "Era lo normal. Si eras muy pobre, como yo, lo común era asistir solamente a la educación primaria, más al ser de un área rural. Mi primer trabajo fue en una fábrica de bombillas en la localidad de Fieni, luego me casé y en el 73 tuve mi primera hija".

Un año después, Staicu vivió el momento más traumático de su vida: "Me volví a quedar embarazada. Tuve una segunda hija, a la que parí el 29 de noviembre de 1974 en el hospital maternal Orășenesc de Pucioasa. Me la enseñaron. Nació pesando 2,4 kg. A los tres días me sorprendieron con la noticia de que se encontraba en la incubadora.



[Hospital en el que fue atendida M. Staicu en 1974. Actualmente sigue atendiendo pacientes. (Fotógrafo desconocido)]

Le pidieron bautizarla a la fuerza dos días más tarde —lo normal es bautizar a un niño a partir de los dos meses—. La llamó Nicoleta. Tres días después, le dieron la peor noticia de su vida: “Cuándo fui a amamantarla, la enfermera me contó que había muerto y la habían enterrado entre algunos manzanos del hospital. Reproché que quería enterrarla en el cementerio de mi pueblo. La enfermera me dijo que si no dejaba de exigir que me diesen a mi hija me meterían a prisión. Estoy segura, ese día robaron a mi hija”.

No desiste: “En el hospital, tras la llegada de la democracia, nos contaron que no había sido registrada ni viva ni muerta. El cirujano había huido del país tras la caída del régimen. No sé si sigue viva o muerta, pero cuando veo a alguna mujer por la calle que me recuerda a ella sigo preguntándoles sobre su origen con la esperanza de dar con ella”.



[Antigua fábrica de bombillas de la cooperativa Steaua Eléctrica en Fieni donde trabajó M. Staicu. Las bombillas aquí producidas iluminaban países tanto del lado comunista como el capitalista, pero no las calles rumanas, siempre a oscuras de noche por los cortes de luz.]

Intentó trabajar en una fábrica de textiles y otra de conserva, pero cuantos más hijos tenía —cinco en total, seis contando con Nicoleta—, más se complicaba cuidarlos: “Los crie mal, no había nada que hacer, éramos pobres. El menor siempre heredaba la ropa del hermano mayor y el regalo de navidades era una fruta. La mayoría pudo acabar los estudios básicos, la mayor incluso cursó estudios superiores. Por lo menos, al vivir en el pueblo podíamos usar la leña del bosque para calentarnos del frío invierno. Los de la ciudad lo tenían más difícil. Cuando cortaban el gas se quedaban descubiertos contra el frío. Muchos murieron de frío en aquella época”.

Asegura que uno de sus grandes aciertos ha sido traer a sus hijos a España: “Este país nos salvó la vida. Yo vine intentando trabajar para lograr una pequeña pensión. Fui la primera rumana que pisaba Zuera. Luego traje a uno a uno a mis hijos. Al principio fue duro. El idioma, la moneda, el sistema... Pero hoy puedo descansar en paz sabiendo que todos mis hijos han logrado hacer aquí su vida. Todos han tenido unos hijos guapos y sanos y no les falta de nada”.



[Zuera, donde residen Staicu y varios de sus hijos concentra gran población rumana. El ayuntamiento cuelga anualmente una bandera como símbolo de hermanamiento entre los dos países (Fotógrafo desconocido)].

Ser niña en la Rumanía de Ceaușescu

A. M. Marcu es hija de M. Staicu. Su padre se encargaba de repartir el pan en la carroza y llevar las cosas a la cooperativa del pueblo para luego racionarlas.

Era la tercera hermana, “la de en medio”. Recuerda su infancia con nostalgia: “No teníamos mucho que comer, pero nos queríamos y jugábamos mucho. En verano estábamos en el río todo el día y en invierno con el trineo arriba y abajo hasta que uno se rompía algo. Siempre dejábamos rastros de sangre por la nieve. Siempre había algo que hacer”.

Recuerda que los chicos no solían ir a la escuela: “Se iban a beber, a fumar, a hacer gamberradas, como todos, pero más ellos”. Ella relata que tampoco fue una santa: “Yo también hacía muchas gamberradas. Robaba las cosas de los huertos de los vecinos o molestábamos a los caballos de la carroza. Una vez encerramos a una vecina en casa con la chimenea encendida. No se veía dentro de la casa del humo que había. La vecina no sabía ya que decirnos”. Su único juguete de la infancia fue una jirafa de peluche.

Se casó y se fue de casa con 14 años: “Mi mayor error fue irme de casa siendo tan joven. Fui maltratada por mi exmarido, mucho

más mayor que yo. Tuve que trabajar en sitios peligrosos, con poca protección y vivir en una casa que parecía más una cueva". Ella fue la primera de las hijas de M. Staicu en llegar a España. Según ella, aquí la cosa "tampoco fue tan sencilla". Tuvo que sacar adelante dos hijos prácticamente sola, en un momento cuando ser extranjera en España era inusual".



[Parlamento Rumano en Bucarest (2018). Fotografía de Víctor Vives]

Al mismo tiempo que todo esto ocurría, Ceaușescu invertía más de 3 mil millones de dólares en edificar el Palacio del Parlamento Rumano, una mole de dimensiones faraónicas que ostenta hoy día el título de edificio administrativo más grande del mundo. Para construirlo, derribaron más de 7.000 viviendas y 18 monumentos religiosos de la capital. Muchos otros barrios de Bucarest fueron derribados para reconstruirse al estilo parisino, de ahí que se la conozca como "La pequeña París del Este".

Cuando el muro cayó

Cuando el resto de Europa conoció el horror de los orfanatos rumanos, el mundo se lanzó a la adopción. Según estudio de Maite Román Rodríguez "Niños y niñas rumanos procedentes de adopción internacional: ¿son diferentes a los demás?" (2004), los niños rumanos adoptados presentaban, en comparación del resto de niños adoptados, un retraso considerable en su desarrollo intelectual y cognitivo para su edad, denunciando como muchos habían ido a parar en psiquiátricos donde aún se les trataba peor.

Lo doloroso de esta situación es que las cosas no han cambiado mucho. Si ya no se habla tanto de estos huérfanos es porque muchos ya han muerto.

Y es que pese al interés europeo, Rumania sigue siendo el país con mayor tasa de abandono infantil. Cada año, entre 4000 y 5000 niños nuevos son abandonados en la calle, obligados a ocupar casas abandonadas para resguardarse. Un gran culpable de que estos niños no encuentren un hogar son las prohibiciones de adopciones internacionales y los costosos y complejos trámites. El poco despegue económico y la privatización de los pocos sectores claves del país tras su apertura tampoco han ayudado a reducir la brecha desigualitaria.

La megalomanía de Ceaușescu condenó a toda una generación de niños a la miseria y a la muerte. Fue el Herodes que, ante el miedo de perder su imperio del poder, sacrificó a todos los niños que pudo. No obstante, tras la dictadura, Rumanía no ha progresado prácticamente en lo mínimo, ni en derechos, ni en libertades. Mientras haya tantos niños durmiendo en las calles de un país no nos podemos llamar ni sociedad sana ni sociedad responsable. Está en nuestras manos en un mundo globalizado colaborar y hacer mas amena la vida de estos jóvenes truncados por los delirios de un loco, y la dejadez de sus gobiernos siguientes.



[Niños huérfanos en Bucarest (1991). Agencia AP]

NOTA DEL ESTUDIANTE

Hola, Mariola:

Las dos mujeres que participan en este reportaje son personas muy especiales para mí: mi abuela y mi madre.

Las dos llevan lamentando toda su vida el no haber podido encontrar jamás a Nicoleta, mi tía. Son personas que han pasado por mucho, podrían escribir muchos libros de las adversidades que han afrontado la una y la otra.

Cuando entré a esta carrera estuve decidido a una cosa: ser capaz de encontrarla. No tengo otro sueño mas grande que volver a reunir a mi abuela, con su hija y a mi madre, con su hermana.

Mientras escribía este reportaje, que espero no sea más que un grano de arena de todo lo que voy a hacer en el futuro, me di cuenta de lo invisibilizado que se encuentra Rumanía.

He buscado miles de artículos para no hallar nada, porque hay muchas historias sin contar y crímenes que al no ser registrados, no existen. Las imágenes que he podido ver son tan perversas... ha habido momentos que he tenido que parar y decir hoy ya no más porque, son tantas cosas. Y es que no puedes apartar tu mirada, debes hacerlo para humanizar, para empatizar con esas víctimas. Yo no puedo dejar que mi país siga siendo así, debo hacer algo.

Este es mi punto de partida para mí. Por eso he escogido este tema, porque era importante para mí. Sobre el medio en que lo publicaría, sería El País, más que nada porque me encantan los reportajes que publican -ojala algún día ser capaz de escribir algo sí para un medio que leen tantas miles de personas-.

Un abrazo, Ruben